



Entre la soledad

Era una noche fría y oscura. El viento chocaba contra las ventanas de forma estrepitosa. La nieve caía sin cesar y las calles se encontraban vacías. Al final de la cuadra, separada por grandes terrenos de tierra, se encontraba una casa muy lujosa, que destacaba sobre las demás; no por su gran belleza ya que todas las casas del vecindario eran sumamente hermosas, sino porque era la única que se encontraba en una infinita penumbra. Dentro de ella solo vivía una persona: Una joven muy hermosa, de cabello largo y liso color negro, como la oscuridad; era bajita, de piel pálida y ojos cafés, con cejas muy pobladas y unas mejillas que le aportaban ternura a su sin igual a su apariencia. A pesar de su hermosura, Angélica siempre permanecía sola. Desde que sus padres partieron, ella decidió que no necesitaba de nadie para seguir viviendo, pues pensaba que era mejor no apegarse a las personas, porque, tarde o temprano, llegaba el dolor y la decepción. Pero esa noche más que ninguna otra, Angelica hubiera deseado no estar sola.

Eran las doce y un minuto de año nuevo cuando Angélica se levantó por un vaso de agua. Había tenido una pesadilla que la había dejado pasmada del horror. Su cuerpo temblaba y un sudor frío aún recorría su cuerpo. El corazón palpitaba con tal fuerza que sentía las pulsaciones en su cabeza. Tomó unos minutos para entrar en calma y repetirse, una y otra vez, en voz alta: ¡Todo estaba bien!, ¡Ya todo está bien! ¡Solo fue una pesadilla!

Ya en calma, Angélica se levantó de su cama y salió del cuarto muy lentamente, como si el cuerpo le pesara. Se dirigió al baño para lavarse la cara pero al pasar frente al espejo, se detuvo un momento, para detallar su rostro. En su reflejo solo podía ver a una

chica bajita, con el cabello tremendamente despeinado, con los ojos muy rojos, que delataban que había llorado o estaba a punto de hacerlo. Decepcionada, rápidamente dejó de verlo y se inclinó para lavarse la cara, y luego secarse con la toalla que siempre dejaba al lado del lavamanos.

Al mirarse nuevamente notó como la toalla estaba completamente empapada con sangre, igual que su cara. Dio un pequeño brinco por la impresión; que solo duraría un instante ya que un estrepitoso ruido retumbó fuera del baño. Rápidamente, Angélica, volteó pero no logró ver nada, pues la luz del baño era muy tenue. Trató de no pensar en eso ya que era muy normal que hubiera ruidos en la casa porque era vieja y con pisos en madera. Volvió a mirarse al espejo, pero los rastros de sangre habían desaparecido. Ella creyó que su mente le había jugado una mala pasada, por lo que terminó de secarse e intentó tranquilizarse.

Prosiguió a bajar por su vaso de agua, lentamente, teniendo cuidado para no caerse. Comenzó a descender las escaleras, que sonaban con cada paso que daba, llegó a la planta baja y presionó el interruptor. La luz se prendió durante un instante para luego titilar y apagarse. Todo indicaba que el bombillo se había fundido. Angélica, insistió varias veces con el interruptor, pero aun así, la luz no volvió a encender.

Un gran pánico la invadió debido a que tenía un profundo miedo a la oscuridad. Se sentía indefensa. Dándose por vencida, utilizó el brillo de su celular. Pero, al encenderlo se percató de que ya era un nuevo año, y como en los seis años anteriores, nadie se había tomado la molestia de escribirle y desearle un feliz año nuevo, ni siquiera una mísera tarjeta, de las cadenas de wasap.

Empezó a caminar hacia la cocina y encendió la luz. Parpadeo varias veces para amoldarse a la luz que la enceguecía. Se dirigió a la alacena, tomó un vaso y se sirvió un poco de agua. Nuevamente escuchó un golpe y volteo rápidamente dando un sobresalto. Al no ver nada tomó el agua, sin darse cuenta de que está estaba teñida

de un color rojo oscuro. Al sentir el sabor metálico la escupió al instante y se percató del color del agua. Intentó limpiarse, pero toda el agua salía del mismo color. Buscó rápidamente un trapo para limpiarse la boca. Un frío recorrió su cuerpo de la cabeza hasta los pies.

Aún no se había recuperado de la impresión cuando un jarrón chocó contra el piso y, sin pensarlo dos veces, corrió hacia el sonido. No veía muy bien pues la luz era poca. Al fondo, solo podía observar una sombra humanoide moverse. Sorprendida ante la visión se refregó los ojos, con la esperanza de que la figura desapareciera. Pero aquella cosa seguía en el mismo lugar, inerte. Repitió nuevamente el procedimiento y al abrir los ojos, ya no estaba. Su corazón de nuevo se aceleró y sus manos empezaron a temblar sutilmente. Entró a la cocina, pero apenas se volteó vio a aquella cosa de espaldas al lado de donde ella había dejado el vaso, dio un brinco del susto y un pequeño grito que sabía que la había delatado.

Comenzó a caminar de espaldas mientras que aquella cosa lentamente comenzaba a voltearse y antes de poder ver cómo era esa criatura, salió corriendo hasta que de repente la luz ya no se encontraba, intentando reconocer todo a su alrededor a tientas por la infinita penumbra de la noche. Intentó encender algún interruptor o cosa que le brindará un poco de luz, pero no funcionaban, como si hubiera un apagón. Siguió caminado con suma cautela hasta que, y por fin, al halar la cadena de una lámpara de la biblioteca, volvió la luz, pero apenas sucedió vio aquella sombra abalanzándose hacia ella. La oscuridad volvió a teñir la habitación.

Al intentar huir, Angelica cayó al suelo, mientras que la extraña criatura se posaba encima de ella. Recordó que en su bolsillo se encontraba el celular y intentó sacarlo para poder ver. Un poco del brillo le permitió ver a su madre, o lo que aparentemente se parecía a ella. La criatura la tomó por el cuello y exclamó con una voz melancólica y desgastada –Hija mía, no te imaginas cuánto te

hemos extrañado- Angélica, aterrada, contesto: –Mamá, ¿eres tú?, ¿cómo es eso posible? - papá y tú están muertos- su madre respondió: –Hija mía, todo esto es tu culpa, te has quedado sola. Separaste a todo el mundo de ti. Si algo te pasara, nadie lo notaría. Eres tan egoísta que ni siquiera nos permitiste quedarnos contigo.

La terrorífica madre comenzó a apretarle el cuello con más fuerza. Angélica intentaba zafarse desesperadamente. Sus ojos empezaron a brotarse. Su piel

pálida poco a poco se tornaba en un color morado, mientras que, con sus manos, ya sin fuerza, intentaba retirar las arrugadas manos de su cuello.

–No puedo respirar, ¿qué haces? ¡suéltame!–

De repente, el rostro de su madre comenzó a derretirse como si se tratara de la cera derretida de una vela. Lo que antes era su piel caía sobre Angélica. El ojo de su madre cayó de su cuenca ocular y rodó por el suelo. Empezaron a salir gusanos de su boca. Estos bichos cayeron encima de Angélica para recorrer su cuerpo entero causándole un horroroso cosquilleo. Ella sabía que nadie la escucharía ni vendría por ella.

Sin embargo, intentó gritar con el poco aire que le quedaba, pero sus gritos fueron callados por montones de insectos que entraron en su boca. El aire que quedaba en sus pulmones ya era poco y su pánico aumentaba exponencialmente. Un agudo zumbido estalló en sus oídos y empezó a escuchar múltiples voces. Una encima de otra, haciendo casi imperceptible lo que decían.

Al final esa cosa que era la visión deformada de su madre, la soltó para desaparecer, Angélica lo único que hizo fue inclinarse para escupir de su boca los insectos, y después de un par de arcadas vomitó por la repulsión que le ocasionó. Pronto se percató de que no tenía insectos ni ningún animal en su boca, tampoco había rastro alguno de lo que le acababa de acontecer. Pensó por un momento

que esto no podía ser real. Aquello que acontecía no tenía ninguna explicación lógica.

Respiraba agitadamente y con fuerza, tratando de recuperar el aire. Intentó calmarse y encender todas las luces posibles en la casa. Subió a la planta alta mirando siempre al piso por miedo a ver alguna otra cosa. Las voces en su cabeza cada vez sonaban más fuerte, gritaban y hablaban de forma acelerada. Su mandíbula se tensó y empezó a temblar.

Sus ojos se movían rápidamente mirando todo a su alrededor con pánico. Su movimiento era torpe y su mirada se nublaba. Sus pensamientos la distraían

¿Acaso me estoy volviendo loca? pensó para sí misma.

Alcanzó su cuarto y cerró la puerta con seguro y se acostó. Intentó infructuosamente dormirse, pero solo hasta altas horas de la noche, lo logró.

Era una noche fría y oscura, las campanas de la ciudad indicaban que era un nuevo año, Angélica se levantó de sobre salto por una pesadilla que había tenido, en la que un espectro, con el rostro de su madre, había intentado asesinarla, como ella lo había hecho ya hace años a sus padres. Sintió escalofríos y como el sudor se deslizaba por su cuerpo, decidió ir por un vaso de agua, primero se levantó y salió de su cuarto para dirigirse al baño a lavarse la cara, luego se dirigió a la cocina, fue a la alacena y saco un vaso, se sirvió un poco de agua y se dirigió a la sala, en su sofá se encontraban dos figuras sentadas, una correspondía a una mujer y otra era

un hombre, ella solo dijo con naturalidad –Hola mamá y papá, ¿Cómo se encuentran? últimamente me he preocupado mucho más por ustedes, he sentido miedo y ahora son ustedes quienes me lo causan.

Angelica dejó de darles la espalda para verlos. En el sofá solo estaban un montón de huesos con piel, que ya hace tiempo habían

muerto, solo se podían ver los gusanos y moscas que revoloteaban a su alrededor, donde antes se encontraban sus ojos solo habían huecos negros, lo que antes había sido la belleza de su madre era de escalofríos.

Estos cadáveres inundaban de un intenso olor a podredumbre toda la sala. Angélica se sentó en el medio de ellos y por fin sintió calma, sus padres, aunque no la protegieron cuando estaban vivos, ahora ella se había asegurado de que la protegerían hasta que ella se sintiera mejor, ahí, sentada en medio de los cuerpos de sus padres se sintió en calma, dejó caer su cabeza contra la clavícula del cadáver de su padre, recostándose y cerrando los ojos lentamente, inhalando y exhalando con calma, mientras un plácido escalofrío recorrió su piel. En un tono cálido y dulce dijo:

–Es increíble como la soledad puede afectar tanto a una persona ¿no lo crees papá?